

das mejillas al inglés, que le dió un beso, abrazándole tan tiernamente como habria hecho un padre.

Bajaron luego los tres al comedor, donde les estaban aguardando Amelia y Mad. de Montrevel.

## VII.

### Placeres de provincia.

El mismo dia empezó Roland á ejecutar su proyecto, acompañando á sir John á visitar la iglesia de Bourg.

Los que han visto la elegante capilla de Bourg saben que es una de las cien maravillas debidas á la época del Renacimiento.

Los que no la hayan visto, sin duda lo sabrán tambien, por haberlo oido á otros.

Roland, que se proponia presentar á sir John una preciosidad histórica, que él no habia visto desde siete ú ocho años á aquella parte, tuvo un gran disgusto al llegar frente la fachada, viendo derribadas las estatuas de los santos y algunas de ellas decapitadas.

Preguntó por el sacristan y obtuvo por toda contestacion una risa burlona.

Desde mucho tiempo habia dejado de ser necesario semejante empleo.

Preguntó á quién debia dirigirse para encontrar las llaves, y le manifestaron que al capitan de los gendarmes.

No estaba léjos este funcionario; el claustro contiguo á la iglesia habia sido convertido en cuartel.

Subió Roland al cuarto del capitan, dándose á conocer como ayudante de campo de Bonaparte. Con la obediencia pasiva de un inferior hácia un superior suyo, entrególe el capitan las llaves, poniéndose á sus órdenes.

Sir John aguardaba entretanto, admirando, á pesar de las mutilaciones que habian sufrido, los preciosos detalles de la fachada.

Abrió Roland la puerta retrocediendo desagradablemente sorprendido: la iglesia estaba literalmente atestada de heno, como un cañon cargado hasta la boca.

— Qué es esto? preguntó al capitan de gendarmes.—Es una precaucion de la municipalidad.—Cómo! una precaucion de la municipalidad?—Sí.—Con qué objeto?—Con el de conservar el edificio. Iban á derribarlo; pero acordó el ayuntamiento que en expiacion del culto erróneo á que habia sido destinado, se convirtiese en almacen de provisiones.

Soltó Roland una carcajada y volviéndose á sir John:

— Querido lord, le dijo, la iglesia era una obra digna de ser vista, pero lo que oís me parece no es menos digno de saberse. Fácilmente encontrareis en Strasbugo, en Colonia ó en Milan iglesias y edificios de un mérito muy superior al del templo de Bourg; pero lo que seguramente no encontrareis

serán hombres bastante idiotas para destruir una obra maestra, ni a yuntamientos bastante despreocupados para convertir una iglesia en depósito de forrajes. Mil gracias, capitán; ahí teneis vuestras llaves.— Como os decia en Aviñon la primera vez que tuve el gusto de veros, querido Roland, contestó sir John, no hay pueblo mas original que el pueblo francés.— Por esta vez, milord, habeis sido demasiado atento; pueblo mas idiota deberiais haber dicho. Concibo los cataclismos políticos que vienen trastornando la sociedad desde mil años; concibo los Comunes, la Jacquería, los Mailloines, la San Bartelemy, la Liga, la Fronda, la Revolucion; concibo el 14 de julio, los 5 y 6 de octubre, el 20 de junio, el 10 de agosto, los 2 y 3 de setiembre, el 21 de enero, el 31 de mayo, el 30 de octubre y el 9 de termidor; concibo la tea de las guerras civiles con su fuego destructor que se aviva en la sangre en vez de apagarse en ella; concibo las oleadas de la revolucion que se encrespan rompiendo todos los diques, y que en su retroceso arrastran las instituciones mas arraigadas y veneradas; todo esto lo concibo, el combate cuerpo á cuerpo de un pueblo contra otro, de un Estado contra otro Estado; concibo la cólera mortal de los vencedores, las sangrientas reacciones de los vencidos, los volcanes políticos que rugen en las entrañas de la tierra, que sublevan el mundo derribando los tronos, humillando á los monarcas y haciendo rodar sus cabezas y sus coronas en un cadalso; pero lo que no sé concebir es la mutilacion del mármol, la ven-

EDN  
TARIA  
ES"

ganza en nombre de la ley contra respetables monumentos, la destruccion de cosas inanimadas que no pertenecen á los que osan llevar su mano impía hasta ellos, ni á la época que los destruye; lo que no sé concebir es entregar á las llamas esta biblioteca gigantesca, en la que puede leer el anticuario la historia arqueológica de un país. Oh! este acto es digno únicamente de vándalos y bárbaros! ó mejor quizás de idiotas que quieren vengar en las piedras los crímenes de Borgia, y los excesos de Luis XV. Cuán persuadidos se hallaban de que el hombre es el animal mas perverso y destructor los Faraones, los Menes, los Cheops, los Osymandyas que hacian levantar las pirámides, no por cierto con piezas de encaje ó trozos de blonda, sino con inmensas moles de mármol de cincuenta piés de espesor; cuán de buena gana se habrán reido desde sus tumbas al ver que el tiempo embotaba su guadaña y destruian los bajaes sus uñas al intentar la destruccion de sus obras. Levantemos, pues, pirámides, querido lord, pues sobre no ser difícil como obra arquitectónica, y á pesar de no recomendarlo la belleza como obra de arte, es en cambio muy sólido, y permite á un general decir al cabo de cuatro mil años: «Soldados, desde la cúspide de estos monumentos os están contemplando cuarenta siglos!» Qué que-reis? Os juro por lo mas sagrado, querido lord, que en este momento armaria camorra aun contra un molino de viento.

Y Roland, riendo estrepitosamente de la manera que le era habitual, acompañó á sir John, dirigiéndose hácia el castillo.

Sir John le detuvo.

—Oh! le dijo, no hay otra cosa que ver en toda la ciudad que la iglesia de Bourg?—Antes de que fuese convertida en depósito de provisiones, contestó Roland, os habria propuesto bajar á las tumbas de los duques de Saboya, para enseñaros un paso subterráneo que dicen existe, de cerca una legua de longitud, y que comunica segun aseguran con la gruta de Ceyzeriah; por supuesto que únicamente á un inglés me habria atrevido á hacer semejante proposicion, pues equivaldria á penetrar los misterios de *Udolfo* de la célebre Ana Radcliffe; mas ya veis que es imposible; vamos pues á distraernos de este contratiempo, seguidme.—A dónde nos dirigimos?—A fe mia lo ignoro; diez años atrás os habria acompañado á los establecimientos en que se ceban los pollos. Como sabeis, los pollos de Bresa gozaban de una reputacion europea; Bourg era una de las sucursales del gran criadero de Strasburgo. Pero ya comprendereis que durante el Terror fué preciso renunciar á esta industria; comer un pollo era señal infalible de aristocracia, y vos conoceis ya el estrivillo fraternal: Ah! ah! ah! mufilá... *aristócratas á la linterna!* Despues de la caida de Robespierre volvieron á abrirse dichos establecimientos; pero desde el 18 de fructidor habia en Francia orden de enflaquecer aunque fuese la volaterfa. No importa, venid, á falta de pollos os enseñaré otra cosa, el sitio, por ejemplo, donde eran ejecutados los que los comian. Además, desde que no habia estado en la ciudad, han cambiado

de nombre las calles; recuerdo todas las esquinas, pero no sé ninguno de los rótulos actuales.—Ah! dijo sir John, segun esto vos no sois republicano?—Republicano yo? no faltaba mas! Lo soy por el contrario decididamente, y hasta haria el sacrificio de dejarme quemar el puño, como Mucio Scevola, ó de arrojarme á un pozo, como Curcio, para salvar la república; pero tengo la desgracia de que mi espíritu esté bien templado: el ridículo me impresiona á mi pesar de tal modo, que me hace desternillar de risa. Sin dificultad acepto la constitucion de 1791; pero al ver al pobre Heraut de Sechelles escribir al director de la Biblioteca nacional que le remitiese las leyes de Minos para elaborar una constitucion á semejanza de la de la isla de Creta, paréceme que el modelo ha ido á buscarse algo léjos, y que muy bien podiamos contentarnos con la de Licurgo. A mi entender enero, febrero y marzo, por muy mitológicos que sean, valen tanto como nivoso, pluvioso, ventoso. Tampoco alcanzo á comprender porque uno que se llama en 1789 Antonio ó Crisóstomo, haya de llamarse en 1793 Bruto ó Casio. Ahí teneis, milord, ved ahí una calle que se llamaba antes calle del Mercado; esto nada tiene de indecente ni aristocrático, no es verdad? pues bien, hoy se llama, aguardad (Roland leyó el rótulo), se llama *calle de la Revolucion*. Esta otra que se llamaba calle de Nuestra Señora, se llama hoy *calle del Temple*. Y por qué calle del Temple? sin duda para eternizar el sitio donde el infame Simon intentó enseñar el oficio de zapatero al here-

dero de sesenta y tres reyes ; me equivoco de uno ó dos , pero no le hace. En fin , ved esta tercera conocida antes con el nombre de calle Crevecœur , nombre ilustre en Bresa , en Borgoña y en Flandes , que se ha bautizado hoy con el nombre de *calle de la Federacion*. La Federacion podrá ser una cosa muy buena , pero Crevecœur era un hermoso nombre. Y luego , mirad , es la que conduce directamente á la que se llama hoy plaza de la Guillotina , lo cual es á mí entender un mal. Para conducir á tales plazas no deberia haber calle alguna. La de que os hablo tiene á lo menos la ventaja de hallarse á cien pasos de la cárcel , cuya circunstancia hacia que se ahorrara , cómo se ahorra aun hoy , una carreta y un caballo para *M. de Bourg*. Reparad bien que el verdugo ha continuado siendo noble. Por lo demás , la plaza está admirablemente dispuesta para los espectadores , y mi abuelo Montrevel , cuyo nombre conserva , previendo probablemente el destino que deberia dársele , resolvió el gran problema que no se ha podido aun resolver en los teatros , esto es , que de todas partes se vea bien. Si algun dia me cortan la cabeza , lo que nada tendria de extraño en los tiempos que hemos alcanzado , lo sentiria por una sola cosa ; por estar mal situado , y no poder ver tan bien como los demás. Subamos ahora esta pequeña cuesta : ahí teneis la plaza de Lices. Nuestros revolucionarios le han dejado su antiguo nombre , porque , segun todas las probabilidades , no sabiendo que significa ; no sé yo mucho mejor , pero me parece recordar que un sire

de Estavayer desafió no sé á qué conde flamenco , y tuvo lugar el combate en esta plaza. A vuestra vista teneis , querido lord , la cárcel de Bourg , la cual bastará á daros una idea de las vicisitudes humanas ; con menos frecuencia cambiaba Gil Blas de estado , que este edificio de destino. Antes de la venida de César era un templo galo ; César lo convirtió en fortaleza romana ; un arquitecto desconocido lo trasformó en obra militar de la edad media ; los sires de Baye , á ejemplo de César , volvieron á destinarlo para fortaleza. Los príncipes de Saboya tuvieron en ella su residencia ; allí fué donde permaneció el aya de Carlos V cuando visitaba la iglesia de Bourg , que no debia tener la satisfaccion de ver concluida. Finalmente despues del tratado de Lyon , cuando la Bresa fué reincorporada á la Francia , sirvió á la vez de cárcel y tribunal de justicia. Aguardadme aquí , milord , si no os gustan el chirrido de las rejas y el ruido de los cerrojos. Tengo que hacer una visita á cierto calabozo.—El chirrido de las rejas y el ruido de los cerrojos no son á la verdad sonidos muy armónicos , pero no importa : ya que habeis querido encargaros de mi educacion , os acompañaré á vuestro calabozo.—Siendo así , entrad pronto ; veo muchísimas personas que parecen tener deseos de hablarme.

En efecto : habíase ido poco á poco extendiendo una especie de rumor por toda la ciudad , cuyos habitantes , saliendo de sus casas , formaban grupos en la calle , siguiendo y mirando con curiosidad á Roland.

Llamó Roland á la reja, colocada en aquella época en el mismo sitio que ocupa en la actualidad, esto es, cerrando el patio de la cárcel.

Presentóse á abrir el carcelero.

—Ah! ah! sois vos todavía, compadre Courtois? preguntó el jóven.

Y volviéndose á sir John:

—Hermoso nombre para un carcelero, le dijo; no es verdad, milord!

Miró el alcaide con sorpresa al jóven.

—Cómo es posible, preguntó desde la otra parte de la reja, que vos sepais mi nombre y no sepa yo el vuestro?—Bien! no sólo sé yo vuestro nombre, si no hasta vuestra opinion; vos sois un antiguo realista, compadre Courtois.

—Caballero, contestó este aterrizado, dejas de bromas, decidme si gustais en qué puedo serviros.—Desearia, repuso Roland, visitar el calabozo donde estuvieron presas mi madre y mi hermana, la señora y la señorita de Montrevel.

—Ah! exclamó el alcaide, cómo! sois vos M. Luis? ah! pues si no conozco otro. Caramba! cuán guapo y arrogante os habeis puesto!—Os lo parece, compadre Courtois? Vamos pues, elogio por elogio, vuestra hija Carlota está, á fe mia, interesante; Carlota es la doncella de mi hermana, milord.—Y que es muy feliz, mucho mejor está en vuestra casa que aquí; es verdad que sois ayudante de campo del general Bonaparte?

—Sí, Courtois, tengo este honor. Mas os gustaria que lo fue-

se del conde de Artois, ó del duque de Angulema, no es verdad?—Dejas de bromas, M. Roland.

Acercándose luego al oido del jóven:

—Decid, le preguntó, es cierto lo que me han contado?

—Qué os han contado, compadre Courtois?—Que el general Bonaparte pasó ayer por Lyon.—Algo habrá de verdad en esto, pues lo oigo ya por segunda vez. Ah! ya comprendo ahora esta buena gente que me mira con curiosidad y que parece desear dirigirme alguna pregunta. Se proponen, como vos, compadre Courtois, saber á qué atenerse sobre la llegada del general Bonaparte.—Oh! y lo demás que dicen, M. Luis!—Cómo! dicen algo mas?—Yo lo creo, si bien no lo dicen en voz alta.—Qué dicen, pues?—Que el general Bonaparte viene para reclamar del Directorio el trono de Su Majestad Luis XVIII para colocarle en él, y que si el ciudadano Gohier no quiere, como presidente, entregarlo de buena voluntad, se lo tomará él á la fuerza.—Ah! bah! contestó el jóven oficial con aire de duda y hasta de incredulidad.

Pero maese Courtois insistió afirmando con un movimiento de cabeza.

—Es posible, añadió Roland; pero no por lo que toca á la segunda noticia, si no en cuanto á la primera: y ahora que me conoceis, quereis abrirme?—Abriros! yo lo creo; en qué diablos estaba pensando?

Abrió el alcaide la puerta con tanta precipitacion, cuanta repugnancia habia hasta entonces manifestado.

Entró el jóven en compañía de sir John.

Después de haber cerrado cuidadosamente la puerta, púsose en marcha el carcelero, siguiéndole Roland é yendo sir John detrás de los dos.

Empezaba á acostumbrarse al extraño carácter de su amigo.

Atravesó el carcelero el patio, separado del local destinado al tribunal por una pared de quince piés de altura, en cuyo centro habia una maciza puerta de madera, que daba paso á los presos, sin necesidad de dar la vuelta por la calle.

Atravesado el patio, tomaron nuestros visitantes una escalera espiral que habia en el ángulo izquierdo, por la que se penetraba en el interior de la cárcel.

Insistimos en estos detalles porque como mas adelante nos veremos precisados á entrar de nuevo en dicho sitio, deseamos que al seguirnos nuestros lectores no les sean completamente desconocidos.

La escalera conducia antes á la habitacion del alcaide, desde la cual, por otra escalera de diez peldaños, se bajaba á la primera cuadra, separada de la de los presos por una pared como la de que hemos hablado, en la que habia tres puertas; al extremo de esta cuadra se pasaba por un corredor á la habitacion del carcelero, desde la cual, atravesando otro corredor, se llegaba á los calabozos pintorescamente llamados jaulas.

Detúvose el carcelero delante de la primera de estas jaulas, y tocando la puerta:

—Esta es, dijo; en ella coloqué á vuestra mamá y á vuestra hermanita, á fin de que si necesitaban llamarnos á mí ó á Carlota pudiésemos fácilmente oirlas. — Hay alguien en el calabozo? — Nadie. — Haced, pues, el favor de abrirlo; aquí teneis á mi amigo lord Tanlay; un inglés filántropo, que viaja para saber si se está mejor en las cárceles de Francia que en las de Inglaterra. Entrad, milord, entrad.

Abrió Courtois la puerta, entrando Roland y sir John en un calabozo cuadrado, de diez ó doce piés por lado.

—Oh! oh! dijo sir John, es esto muy lúgubre. — Lo creis así? pues bien, querido lord, en este lúgubre recinto pasaron seis semanas mi madre, la mujer mas digna y respetable del mundo, y mi hermana á quien vos ya conoceis, teniendo ante sus ojos la perspectiva de salir de aquí para ir á dar una vuelta por la plaza del Bastion: atended que de esto hace cinco años, y que por consiguiente mi hermana tenia entonces doce. — Pero qué delito habian cometido? — Oh! un crimen enorme: en el aniversario que la ciudad de Bourg acordó consagrar á la muerte del Amigo del pueblo, se negó mi madre á que mi hermana fuese otra de las vírgenes que debian llevar las urnas donde se depositaban las lágrimas de la Francia. Qué quereis? la pobre señora creia haber hecho ya bastante por la patria ofreciéndola la sangre de

su hijo y de su esposo, derramada por el uno en Italia, por el otro en Alemania; sin embargo, se equivocaba. La patria, á lo que parece, necesitaba aun las lágrimas de su hija; por de pronto parecióla demasiada esta exigencia, sobre todo cuando estas lágrimas tenían que derramarse por el ciudadano Marat. El resultado fué que aquella misma tarde, en medio del entusiasmo que habia excitado la fiesta religiosa, se vió acusada mi madre: afortunadamente Bourg no se hallaba á la altura de París bajo el punto de vista de la celeridad. Pudo un amigo entretener el negocio, y á lo mejor súpose la caída y la muerte de Robespierre. Este acontecimiento vino, como sabeis, á interrumpir muchas cosas, y entre ellas las ejecuciones; procuró nuestro amigo persuadir al tribunal que el viento reinante en París tendia á la clemencia; aguardáronse ocho dias, quince, al cabo de los cuales se dijo á mi madre y á mi hermana que estaban libres; de manera que ya veis, querido lord, que esto se presta á las mas elevadas reflexiones filosóficas; pues si la señorita Teresa Cabarus no hubiese venido desde España á Francia, si no se hubiese casado con M. Fontenay, consejero del parlamento, si no hubiese sido arrestada y conducida ante el procónsul Tallien, hijo del repostero del marqués de Berey, ex-pasante de procurador, ex-regente de una imprenta, ex-secretario del ayuntamiento de París, por el momento de mision en Burdeos; si el ex-procónsul no se hubiese enamorado de ella, si ella no hubiese sido presa, si el nueve de termidor no le hu-

biese hecho pasar un puñal con estas palabras: « Si el tirano no muere hoy, moriré yo mañana; » si Saint-Just no hubiese sido detenido en medio de su discurso; si Robespierre no hubiese tenido aquel dia un obstáculo en la garganta; si Garnier del Aube no le hubiese gritado: « Esta es la sangre de Danton que te ahoga; » si Louchez no hubiese pedido su arresto; si no hubiese sido efectivamente arrestado, libertado y vuelto á prender, destrozada la mandíbula de un pistoletazo y ejecutado al dia siguiente; habrian, segun todas las probabilidades, cortado la cabeza á mi madre por no haber querido permitir que su hija llorase al ciudadano Marat en una de las doce urnas que la ciudad de Bourg debia llenar con sus lágrimas. Adios, Courtois, eres un hombre honrado, diste á mi madre y á mi hermana un poco de agua para mezclarla con el vino, algun alimento para acompañar su pan, y alguna esperanza para tranquilizar su corazon; permitiste que tu hija las sirviese, á fin de que no tuviesen que limpiar ellas mismas su calabozo; todo esto vale una fortuna; por desgracia no soy rico, tengo cincuenta luisés, tómalos. Vámonos, milord.

Y tomando del brazo á sir Jhon, salió Roland antes de que el carcelero, recobrado de su sorpresa, tuviese tiempo para darle las gracias, ó rehusar los cincuenta luisés; lo cual, fuerza es decirlo, habria sido una rara prueba de desinterés en un carcelero, sobre todo cuando era de opinion contraria al gobierno á quien servia.

Al salir de la cárcel vieron Roland y sir John una gran